

que creo, son del mismo linaje de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante. Dese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahoró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. ¿Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura*. El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardín de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor menos mentiroso: solo sé decir, que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó al cura: pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondió ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es *El caballero Platir*, dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia; acompañe á los demas sin réplica, y así fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *El caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dijo: este es *Espejo de Caballerías*. Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldós de Montalban, con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto: al cual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entenderades, respondió el cura; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, excetuando á un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerín de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palme-*

rin de Inglaterra, lo cual visto por el licenciado, dijo: Esa *Oliva* se haga luego rajás y se quemé, que aun no queden della las cenizas; y esa *Palma* de Inglaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolas, que este y *Amadis de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianis*. Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia; para lo cual se les da térmimo ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los deis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemarlos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Vágame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¿que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempo. Aquí está D. Quirieleison de Montalban, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalban, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen, y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto del os he dicho. Así será, respondió el barbero; pero ¿qué harémos destes pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballería, sino de poesía; y abriendo uno vió que era *La Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero. ¡Ay, señor! dijo la sobrina, bien

los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se quemé, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino*; y esotro, que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero abriendo otro: *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El pastor de Iberia*, *Ninfas de Hederes* y *Desengaño de celos*. Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar. Este que viene es *El pastor de Filida*. No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero: *Tesoro de varias poetas*. Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, *El cancionero* de Lopez Maldonado. Tambien el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese que está junto á él? *La Galatea* de Miguel de Cervantes, dijo el barbero. Muchos años há que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana*, de D. Alonso de Er-

cilla; *La Austriada*, de Juan Rufo, Jurado de Córdoba; y *el Monserrate*, de Cristóbal de Virnés, poeta valenciano. Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen, pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*. Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quijote diciendo: Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y así se cree que fuéron al fuego sin ser vistos ni oídos *La Carolea* y *Leon de Espana*, con los hechos del emperador, compuestos por D. Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á D. Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reverses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo: Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria de este torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasadamente cansado, si ya no es que está malferido. Ferido no, dijo D. Quijote; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de D. Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías. Mas no me llamaria yo Reinaldo de Montalban, si en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamientos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédeselo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entónces para el mal de su amigo,

fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase, no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijese que un encantador se los había llevado y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos días se levantó D. Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta y tentábalas con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hacía qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo: ¿Qué aposento ó qué anda buscando vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama, que al tiempo de partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se vería: dijo tambien que se llamaba el sabio Duñaton. Freston diría, dijo D. Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Friston ó Friton; solo sé que acabó en *ton* su nombre. Así es, dijo D. Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. ¿Quién duda eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tío, en esas pendenencias? No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados? ¡Oh sobrina mia, respondió D. Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta! primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendía la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince días en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos; en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decía que la cosa de que mas necesidad tenía el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía, y otras concedía, porque si no guardaba este artificio, no había poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó D. Quijote á un Labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se le puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de

salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas D. Quijote que se dispudiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna insula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el Labrador) dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego D. Quijote orden en buscar dineros, y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que sí llevaría, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba ducho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco D. Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo eso determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni D. Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese: en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscaseñ. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la insula que su amo le había prometido. Acertó D. Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió D. Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores á sus escuderos de las insulas ó reinos que ganaban; y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, ántes pienso aventajarme en ella, porque ellos, algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo ménos de marques de algun valle ó provincia de poco mas ó ménos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que ántes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aun mas de lo que te prometo. Desá manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vues-

tra merced dice, por lo ménos Juana Gutierrez, mi oislo, vendría á ser reina y mis hijos infantes. ¿Pues quién lo duda? respondió D. Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con ménos que con ser adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPITULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió, dijo á su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quitate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, ántes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por D. Quijote, dijo: Pues aunque mováis mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía

menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras están sujetas á continua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despalldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía D. Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Héte dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podía muy bien quejarse cómo y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entónces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entónces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo muy de espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles,

y del uno dellos desgajó D. Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió D. Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche ántes, y affigiósele el corazon por parecerle que no llevaba camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse D. Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápece, y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí, dijo en viéndole D. Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocara á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quiere agraviarle. No digo yo menos, respondió D. Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el dia del domingo. Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas á pié. Traian sus anteojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó D. Quijote, cuando dijo á su escudero: O yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo

verás. Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oír lo que dijese, en alta voz dijo: Gente endiablada y descomunada, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas; si no, aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de D. Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo D. Quijote; y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas lijero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose lijamente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legitimamente, como despojos de la batalla que su señor D. Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. D. Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: La vuestra fermosura, señora mia, puede hacer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no peneis por saber el nombre de nuestro libertador, sabed que yo me llamo D. Quijote de la Mancha, caballero andante, y cautivo de la sin par y hermosa D.^a Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recibido, no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que D. Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para D. Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera: Anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno. Entendióle muy bien D. Qui-

jote, y con mucho sosiego le respondió: Si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaíno: ¿Yo no caballero? juró á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearde de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avinole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se le estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á D. Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. D. Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dió una gran voz diciendo: ¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarle todo á la de un solo golpe. El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que D. Quijote; y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, D. Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimismo levantada la espada y aferrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de D. Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginación no se deses-

siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CAPITULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso D. Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada; y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías, por mas escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaño de celos*, y *Ninfas y Pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviere escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginación me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español D. Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuevas de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algun follón ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunado gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mi no se me debe negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia: aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcaná de Toledo, llegó un